

**“La afirmación de la diferencia:  
Recepción de la literatura española en la Francia del siglo XIX a través de la  
*Revue des Deux Mondes* y de la *Revue de Paris*”**

M<sup>a</sup> DEL ROSARIO ÁLVAREZ RUBIO

Universidad de Oviedo

En el rico panorama de la prensa cultural francesa del siglo XIX destacan desde 1829 dos prestigiosas colecciones periódicas de gran influencia: la longeva *Revue des Deux Mondes* y su precursora –por meses–, modelo y rival –aunque sometida a su administración durante poco más de una década (1834-1845)–, la *Revue de Paris*. El magisterio de ambas publicaciones, representantes del cosmopolitismo y la investigación francesa de esa centuria, las convierte en puntos de referencia ineludibles para el estudio de las grandes cuestiones culturales del XIX y de la acogida dispensada a una de las literaturas fronterizas redescubiertas en ese dilatado período de transformaciones radicales filosóficas, políticas y literarias.

Al asumir el papel atribuido por Guizot a Francia como encrucijada cultural de Europa, la *Revue des Deux Mondes*, en particular, ejerció una función de centro difusor cuya importancia ha sido puesta de relieve por numerosos investigadores. H. Jurestchke, por ejemplo, ha señalado el lugar central que ocupa la revista como puente entre Alemania y España durante una larga etapa histórica en que la influencia francesa es predominante en el panorama intelectual español y en la reconstrucción administrativa del estado (9-34). El predicamento de la *Revue des Deux Mondes* en España se manifestará, en un primer momento, en préstamos confesados o inconfesados de artículos y extractos suyos, así como, más tarde, en la aparición de algunas publicaciones de gran calidad inspiradas en su factura o en su espíritu ideológico y crítico, como la *Revista Española de Ambos Mundos* (Madrid-París, 1853-1855) y, sobre todo, la ambiciosa y ecléctica colección de José Lázaro Galdiano, *La España Moderna* (1889-1914).

La *Revue de Paris*, de trayectoria mucho más azarosa e inquieta, menos conformista ideológicamente e inclinada a teorías políticas más combativas con los regímenes autoritarios franceses, dio mayor cabida a las composiciones literarias inspiradas en el tema de España que a

las producciones críticas. De este último ámbito se apropió tempranamente la colección de Buloz —director y *alma mater* de la *Revue des Deux Mondes* desde 1831 hasta 1874—, que sin soslayar la creación volcada en la materia española, fue mostrando paulatinamente un carácter más académico y erudito. Con todo, la comunidad de firmas y de opiniones en las dos revistas apuntan a la conclusión de que, salvo divergencias políticas y matices en la reutilización ideológica de los textos literarios, comparten los mismos fundamentos teóricos y conceptuales en su percepción de la literatura.

### **Gestación del hispanismo**

Inscritas en la tradición de las grandes revistas culturales de inspiración inglesa, ambas publicaciones son testigos de la paulatina consagración del estudio de la historia de las literaturas con la publicación de manuales y obras eruditas —a cuya gestación y difusión también contribuyen—, así como de la fundación de las primeras cátedras de literatura extranjera, la pujanza de la prensa periódica, el auge de lo español y la formación del naciente hispanismo.

Más constante en su observación de la cultura española, la colección de Buloz muestra una coherencia ideológica inquebrantable en su fidelidad al ideario de la revolución burguesa de 1830 y en la trayectoria de los colaboradores, reunidos en su mayoría dentro de los límites imprecisos de la teoría del “justo medio” establecida por François Buloz (Broglie, Gobert). Un gran número de artículos sobre España, dedicados en especial a su literatura, política y administración, se proponen ante todo investigar las causas de la conflictiva situación que perduraba al otro lado de los Pirineos. En el análisis de los avances institucionales y de la implantación del liberalismo en España, la revista muestra numerosas afinidades con los moderados españoles. Recordemos que a lo largo del siglo XIX por el impulso de los liberales, especialmente por los conservadores que logran imponerse mayoritariamente, España hace su propia relectura de los hechos del pasado (Cirujano Martín et alii, Fox) y reivindica triunfalmente la herencia del romancero y del drama áureo como exaltación de la nacionalidad. Esta circunstancia histórica, compleja en sus variadas vertientes ideológicas, se refleja a su vez en el apuntalamiento de un dilatado canon de autores que, reorganizado en el siglo anterior, se proyecta en los manuales destinados a la enseñanza, así como en la vigencia del llamado

Romanticismo histórico –fermentado en el curso de treinta años en la crítica de la época durante el largo período de predominio conservador (Silver, Flitter)– y deja su huella en las diferentes manifestaciones artísticas (Reyero, Marco).

La formación ideológica y literaria del director y de una parte de sus colaboradores se arraiga en las ideas de fines del siglo XVIII pero la revolución romántica y el espíritu del *Sturm und Drang* difundido sobre todo por Mme de Staël en su *De l'Allemagne* –en amalgama, no obstante, con su herencia enciclopedista y dieciochesca– y su énfasis en los aspectos sociológicos, no dejan de influir sobre esas concepciones en el período de gestación de la revista. Heredera de *Le Globe* en su papel de difusor de la literatura extranjera y como órgano del staelismo en la política y las letras (Zdraveva), la revista asumirá ante sus lectores la tradición francesa del *bon sens*. A este respecto, debe recordarse el gran auge de los relatos de viajes, mantenido desde el siglo XVIII, que con la actualidad de las guerras civiles en España ayudan a mantener la imagen pintoresca del país. La curiosidad hacia otros pueblos se inserta en el siglo XIX dentro del contexto de los estudios de costumbres nacionales y extranjeras. Las costumbres, entendidas como las “*manières de vivre et de penser*”, se encarnan en el pueblo y constituyen, según Herder, la manifestación del carácter nacional. A esta percepción de la tierra española y de sus habitantes, se añaden, pues, las teorías en vigor sobre la inveterada caracterización de los rasgos singulares de cada pueblo según una distribución geográfica, climática y psicológica.

La atención de sus artículos se centra mayoritariamente en los asuntos políticos y económicos dentro de un programa general por el que la publicación señala la utilidad de dar a conocer el carácter español entre el público francés. A principios de los años 30, la sociedad española es analizada en comparación con su pasado glorioso, sometido sin embargo al despotismo encarnado en poderosas personalidades e instituciones tan denostadas por el liberalismo como Felipe II o la Inquisición. Aun insistiendo en la importancia de los asuntos extranjeros, la revista mantiene la preeminencia de Francia como premisa fundamental, defiende su histórica influencia sobre España, considerada legítima frente al agresivo imperialismo comercial de Inglaterra, y apoya, sobre todo durante el régimen de Julio, la unión de los intereses de los países del Sur de Europa bajo la dirección francesa. Sin embargo, las culturas del Norte concitarán una mayor atención en las revistas y con el asentamiento del predominio germánico

en el proceso político europeo así como en las directrices culturales, la influencia de los estudios germánicos y anglosajones favorecerá el relegamiento de la cultura española.

Los fundamentos críticos en los que se basan principalmente los críticos de ambas colecciones se cimentan en la teoría sociológica de Mme de Staël y su difusión del romanticismo schlegeliano y de la herencia enciclopedista, así como en el comparatismo formulado por Villemain. La literatura es interpretada como expresión del estado social de cada tramo histórico y, por tanto, como instrumento de acción y regeneración. El afinamiento de los métodos críticos que desarrollan Sainte-Beuve y Planché en las páginas de la *Revue des Deux Mondes* desde su etapa de afianzamiento, orientan a su vez al resto de reseñadores, junto a la incorporación más tarde de nombres como Renan o Taine. Numerosos estudiosos que en ella publican, en su mayor parte eruditos y profesores del Collège de France, catedráticos y universitarios, así como poderosos funcionarios, periodistas y hombres de letras, alcanzan un gran renombre social y académico e influyen en la trayectoria de la crítica literaria en el siglo XIX.

Desde la fecha en que promovió la difusión de los autores románticos la publicación había aprovechado la efervescencia cultural para hacerse un hueco en el contexto periodístico de entonces y había ido mostrando sus preferencias por la tendencia romántica del grupo de Vigny. Al insertar los artículos sobre literatura española, la influencia de la interpretación schlegeliana del romanticismo, difundida con matices por Mme de Staël, se manifestó en los comentaristas de la cultura española así como las pautas de los redactores del *Globe* en varios de los críticos habituales. Explícitamente para algunos como Philarète Chasles, sobre todo, España era un país romántico por excelencia, pues cumplía en su caracterización nacionalista forjada en la Edad Media —una tierra meridional católica, caballeresca y de tendencias libres y espontáneas— las cualidades atribuidas por Schlegel al romanticismo, y a su vez, mantenidos también por la elite española dominante durante gran parte del siglo (Flitter). Al paso se consuma el encumbramiento del drama barroco español desde la selección schlegeliana de Böhl de Faber —nuevo avatar de la reivindicación casticista del XVIII—, la temprana y paralela reflexión de Lista —desde presupuestos derivados de su formación neoclásica (Martínez Torrón)—, las reseñas de Monteggia y López Soler en *El Europeo*, o las revisiones de emigrados como Alcalá Galiano o Martínez de la Rosa. Este proceso culmina al consolidar el género como encarnación nacional gracias al empuje del respetado Durán y las consideraciones nacionalistas de los más jóvenes como F.

Gonzalo Morón o Donoso Cortés –marcados en su investigación histórica por los estudios y la metodología de Guizot–, por citar estudiosos de renombre en esos años de andamiaje teórico, y hacia quienes manifiestan su afinidad los críticos titulares de las revistas francesas analizadas.

La visión de la literatura española en la *Revue des Deux Mondes* se vincula en su origen al concepto romántico de expresión raigal de su idiosincrasia como instrumento para comprender la situación del país y su proceso de regeneración. Bajo esta evidente orientación política e ideológica subyacente en numerosos análisis literarios se buscan en los escritores del Sur de los Pirineos los rasgos que representan su nacionalidad y que confirman ciertos *topoi* asumidos por los propios españoles. Al preconizar la asimilación y no la imitación extranjera, es decir, el respeto a las nacionalidades, se anima a la búsqueda de la originalidad patria, de lo diferente y singular. La premisa de los doctrinarios que propugnaba la adaptación de las necesarias transformaciones sociales al carácter nacional de cada pueblo se reivindica repetidamente desde la revista. Sin embargo, en el análisis de la evolución literaria, política y cultural de España se repite continuamente el reproche de imitación –francesa sobre todo–, omnipresente en la sociedad española hasta el ecuador del siglo, sin detenerse hasta el último tercio de la centuria en la actitud cada vez más hostil que se va desarrollando entre sus intelectuales hacia esa misma influencia. La mayoría de los críticos franceses de la revista de Buloz están convencidos de que el carácter nacional español, con sus virtudes y defectos siempre señalados, pervive y va manifestándose en diversos avatares a través de los sucesivos cambios sociales e históricos. Fieles a su ideario, claman contra las influencias socializantes y revolucionarias que, en su opinión, pueden pervertir el ser nacional.

El movimiento intelectual en su conjunto y los artículos consagrados a algunos de los autores contemporáneos más destacados del panorama literario español, que ya habían sido aceptados en su país de origen, como el duque de Rivas, Zorrilla o Fernán Caballero, por ejemplo, y a los escritores de la tradición nacional rehabilitados y en trance de canonización, constituyen los temas que conciernen a la literatura española de la época. Atentas a los cambios en el panorama cultural contemporáneo francés, ambas publicaciones, particularmente la colección de Buloz, muestran una mayor atracción hacia la literatura española durante esas décadas en que la estética romántica ya ha sido absorbida en España. Este retraso influye en la valoración de este movimiento pues los críticos de las colecciones ya poseen un juicio formado

sobre el romanticismo de su país y ponen cuidado en desvincular de los modelos franceses, blanco de los ataques de los críticos del sur de los Pirineos, las obras españolas triunfantes a partir de *Don Álvaro*, en favor de una escuela nacional y castiza. Los colaboradores de ambas revistas, ligados estrechamente a Buloz, se inclinan por considerar el romanticismo un movimiento coyuntural y pasajero, llegado a España de la mano de los emigrados liberales, sin percibir ninguna penetración anterior al retorno de los exiliados. Los primeros artículos que atienden a los autores españoles contemporáneos se publican en la década de los 40 a principios del período de reacción católica y nacionalista en España, agudizada en la Década Moderada, y coinciden con el afianzamiento de la llamada “reacción antirromántica” y que otros críticos identifican con el arraigo de las doctrinas tradicionalistas o conservadoras del romanticismo. La afinidad ideológica y estética mantenida en la publicación francesa con estas posturas se muestra claramente tanto en la argumentación común a la de señalados reseñadores españoles de la época, como en el uso de las fuentes críticas y bibliográficas a las que acuden, por ejemplo, las ediciones y trabajos eruditos de A. Durán. En defensa de la ortodoxia católica, de la moral y de valores tradicionales españoles castizos, esta actitud ideológica y estética advierte la innovación radical del romanticismo y pretende reducirlo a una escuela literaria de origen foráneo.

### **Literatura y nacionalismo**

En suma, los redactores de ambas revistas, en particular de la *Revue des Deux Mondes*, propugnan con calor y convencimiento su fe en el cosmopolitismo, y su vibrante defensa de los beneficios del intercambio cultural. Informados de las teorías románticas, cantan la literatura nacional de cada país y exaltan la impronta popular de la española sin dejar de acatar las premisas clasicistas del gusto, las bridas de la razón y el prestigio inatacado del panteón clásico francés. Si los primeros colaboradores esporádicos de las revistas acusan a la cultura española de imitación servil de lo francés, asistimos paulatinamente a una mayor atención y gradación de matices en los redactores más al tanto de la situación española y en contacto con los escritores y políticos del sur de los Pirineos. Así animan al cultivo del nacionalismo literario sin por ello condenar los aspectos beneficiosos de la influencia francesa hasta que, tras la conmoción de 1848, van apartando poco a poco su mirada de la literatura española y entrando en un período de

silencio absorbidos por otros ámbitos como la política o la historia. Cuando tras el conflicto con Alemania vuelvan en los años 70 a la actualidad literaria vecina, algunos de ellos como Louis-Lande acusan con cierta violencia ese despegue español hacia la férula francesa y su mayor atención a los métodos alemanes que otro crítico, Xavier Durrieu, había empezado ya a notar en la década de los 40. A este respecto, conviene insistir en el entreveramiento de enfoques que se produce en el tratamiento de España por los franceses y los españoles, de modo que la visión de los extranjeros sobre España se nutre en gran medida de los textos autocríticos de los españoles. Los modelos que éstos mismos exportan o exaltan al asumir preferentemente la línea del romanticismo histórico o la autorreflexión crítica y reformista de los defectos corregibles, influyen así en la percepción extranjera de España. Por otro lado, salvo honrosas excepciones como Durrieu y también Lavergne y Mazade, los restantes críticos ocasionales y desde luego D'Alaux y el categórico Louis-Lande abordan con cierta condescendencia, cuando no distanciamiento, la literatura española actual.

Si los intereses de la revista no descuidan a lo largo de todo el siglo las cuestiones políticas y económicas dirigidas a su público burgués, potencialmente inversor, los estudios de conjunto sobre el estado del movimiento cultural e intelectual en España que constatan el proceso de *regeneración* de la sociedad española aparecen publicados principalmente en los años 40 y 50. Los reseñadores elogian la organización con que los gobiernos moderados ayudan desde el poder al desarrollo del pensamiento, al afianzamiento de las instituciones liberales y a su penetración en las masas para transformar los usos y costumbres. Favorecida por la estabilidad política del período moderado, la tremenda transformación “moral y material” española abarca las finanzas, la administración, la legislación, la enseñanza o la economía. Los avances alcanzados en la investigación científica, histórica, de teoría y economía políticas, de religión, de filosofía, arabismo, erudición e historia literaria van minando el tópico de que el pueblo español no tiene inclinación hacia los estudios. Sin embargo, su imitación de modelos extranjeros, principalmente franceses, tanto en literatura como en política, es uno de los reproches más habituales en los comentarios. De igual modo, aunque a los autores se les reconoce una gran capacidad de invención, característica de los pueblos meridionales, se atribuyen sus defectos, por un lado, a la ausencia de un trabajo continuado de lima y perfeccionamiento formal. Por otro, a la vacilación entre dos modelos contrapuestos por los críticos desde un punto de vista formal e

ideológico, la imitación de modelos foráneos propios de otras nacionalidades y la equivocada utilización de los modelos clásicos españoles. Sólo la búsqueda de una vía conciliadora puede garantizar la expresión genuina del carácter nacional, por medio de la adaptación de los ejemplos extranjeros y de las innovaciones ineludibles, a las necesidades del país y a sus tradiciones. La inspiración en los maestros de la tradición literaria española no ha de entenderse como repetición anacrónica. Así, se propugna el cultivo de la originalidad en la producción de obras que reflejen el carácter español innato, atendiendo a los últimos avatares de la sociedad contemporánea. Se intenta crear una literatura contemporánea que sea expresión de su propia sociedad respetando la esencia del ser español. El problema que se planteaba era, pues, cómo definir la nacionalidad española. La defensa del casticismo, cuyas raíces arraigan en el nacionalismo de fines del XVIII y enlazan en parte con el desarrollo del pensamiento reaccionario, converge con el complejo cruce de referencias desde la herencia reformista de ilustrados supervivientes en la última etapa del reinado de Fernando VII.

Esta cuestión palpitante en el siglo XIX se había iniciado en la centuria precedente y había provocado, junto con las interferencias de la proyección de la visión extranjera, un entrecruzamiento de imágenes perceptible, por ejemplo, en el proteico género costumbrista. Generalmente los juicios sobre la realidad de España y su valor literario, intelectual y político, formulados desde los centros de poder europeos, se habían ido ligando a la condiciones de su comunicación con el exterior. La autorreflexión sobre el problema de España, agudamente lúcida en Larra, apuntaba a la modernización y la reivindicación de lo nacional adaptando las leyes, como decía Montesquieu, al ser nacional. De este lado de los Pirineos se pone en marcha una paciente relectura del pasado que coincide con el esfuerzo institucionalizador de las elites liberales en el poder. Pero en esa búsqueda de lo nacional, en esa reinterpretación española hay interinfluencias de enorme complejidad con la visión de los extranjeros, que testimonian la reutilización y superposición de varios mitos comunes. Se aprecia así un entrecruzamiento de enfoques en el tratamiento de España y su actitud impregnada de elementos románticos según las directrices alemanas a la vez que del respeto a la tradición francesa que preconiza Mme de Staël, heredera de las Luces. Al mismo tiempo se perciben las interconexiones con la visión que proyectan los propios españoles de los modelos que ellos mismos exportan o exaltan al asumir



preferentemente la línea del romanticismo histórico o la autorreflexión crítica y reformista de los defectos corregibles y que también modelan la percepción extranjera de España.

La ideología de los críticos de la publicación francesa, profesores y eruditos, influye a su vez en la elección de los autores comentados y en la lectura de sus obras. La mayoría de los reseñadores que se ocupan durante la primera mitad del siglo de la literatura y la política españolas están vinculados a los doctrinarios, uno de los nutridos grupos de colaboradores a los que recurrió Buloz para sostener su recién fundada revista. Afines ideológicamente al partido moderado o liberal conservador español, defienden como ellos una imagen casticista de España. Partidarios de la teoría del justo medio, su compromiso ideológico queda patente en el enfoque político e ideológico al que someten los temas tratados. Por ejemplo, la lectura que ofrecen de Larra los críticos de la revista hace resaltar la postura de justo medio del autor español en lugar de los argumentos que en cierto período de su carrera reflejaban una actitud política más radical. Cierto es que la complejidad de Larra y el hecho de que los artículos seleccionados en la revista no expresen de una manera cronológica su evolución dificulta sus valoraciones, pero aún así cabe decir que los críticos franceses destacan los aspectos más cercanos a la postura de la colección.

Los reseñadores observan el ascendiente francés en España en todos los campos culturales, pero fieles al principio de adaptación de los cambios sociales o históricos al carácter nacional, aconsejan la asimilación de las influencias en lugar de su imitación. Insisten, pues, en respetar el genuino carácter español cuyos elementos definitorios habían sido sancionados y exaltados en el romanticismo alemán: una nación católica, caballeresca y monárquica, anclada en una especie de intemporalidad. A estos componentes se amalgaman otros más viejos y otros reinterpretados de nuevo como, por ejemplo, la dignidad moral individual que algunos de ellos pretenden confundir con la armonía entre las clases sociales. Esa imagen ya conformada de España es recibida por el público lector de la revista, *les honnêtes gens*, burgueses de cultura media y ávidos de placentero exotismo, y a su vez reivindicada por un amplio sector intelectual español que la justifica en la realidad histórica española coincidiendo así con esta visión extranjera. En el tumultuoso contexto histórico de ese siglo, la pregunta de cómo ser español, o qué es ser español, y sus debatidas respuestas ocupan las mentes, los libros y la prensa en España. La exaltación de lo castizo como lo netamente español se refleja en la literatura y en las

costumbres. Ante este planteamiento, la revista francesa adopta una actitud de justo medio tendente, sin embargo, a la defensa de lo castizo como lo propiamente nacional, original, genuino e irrenunciable. De este modo, la literatura de costumbres, entendida como el testimonio más veraz de la singularidad de los pueblos, sufre una instrumentalización ideológica tanto en España como en Francia. Mazade, titular de la sección española por largos años, elogiaba el valor de las novelas y relatos costumbristas no sólo por su valor testimonial y fidedigno, sino también por su utilidad política, al reflejar las sanas costumbres y tradiciones del pueblo en la próspera tierra española.

### **Visión de la cultura española**

En su difusión de la literatura española los redactores siguen las pautas de las historias literarias autorizadas. Las restricciones del anónimo reseñador de Viardot van ensanchándose en el corpus de las revistas, especialmente de la *Revue des Deux Mondes*, al extremo que en la segunda mitad de siglo dan acogida a reseñas de obras de erudición, crítica y creación de literaturas periféricas como la catalana y la vasca. La incompreensión inicial hacia España durante los años 30, debida en parte a la superposición de prejuicios y al desconocimiento de su cultura se entrelaza con una creciente curiosidad y una mayor solvencia en los artículos. Barómetro de las vicisitudes editoriales de los autores españoles en Francia, la colección va dando paso a una mayor disponibilidad a favor de la cultura española en el enfoque de las circunstancias contemporáneas y en la reivindicación de una literatura nacional. En su acercamiento los colaboradores, más atentos y conocedores –si bien sobreviven retazos de la leyenda negra y prejuicios de imitación en medio de la honda influencia francesa contemporánea–, invocan un concepto anchuroso de la *imitatio* o la hegemónica originalidad y el espíritu del *Volkgeist*. Desde los años 30 hasta principios de los 50 hay una evidente preferencia por la imagen española emanada del mito decimonónico del casticismo español cuyos componentes aún sobreviven esporádicamente en las reseñas finiseculares. Se buscan así los rasgos definitorios de la nacionalidad subyacentes en la literatura contemporánea: el desarrollo de la sátira política, las recreaciones del pasado caballeresco de personajes leales y enérgicos, o la pervivencia del tema de la alianza entre armas y letras, que apoyan las facetas más benévolas de la imagen del español

a lo largo de su historia. En el análisis de los diversos géneros —el teatro, la poesía, el romancero, la novela— se rastrean las diversas manifestaciones de su idiosincrasia; expresada en la historia de sus costumbres y su literatura bajo el signo de la moralidad. Los redactores buscan y animan un teatro nacional moderno, una novela basada en las costumbres nacionales, una poesía nacional avivada por el reimpulso del romancero, en suma, la expresión de la nueva sociedad forjada por el liberalismo y nacida de las contiendas civiles y externas que en el curso de los años 40 y 50 tienden a identificar con la reivindicación castiza representada por los autores costumbristas conservadores más difundidos. Asimismo, estos críticos heredan una visión de la literatura española idealista dentro de su realismo congénito, y conforme a la tradición de la colección buloziana la instrumentalizan en su contienda contra el naturalismo.

Desde este punto de vista, en tanto reflejo de la moral y de la organización social de una nación, el teatro constituye un poderoso y activo instrumento de influencia. Elevado a la condición de encarnación de la nacionalidad española desde las polémicas del XVIII, el teatro antiguo español, consagrado como clásico en la segunda mitad de siglo, asume los principales *topoi* atribuidos al ser español. La riqueza, variedad y carácter novelesco de las comedias corría parejas con la denunciada inmoralidad, fanatismo y barbarie de los dramas áureos. La opinión generalizada sobre esta dramaturgia suma criterios morales y estéticos. A partir del modelo clásico francés como referencia fundamental, los ataques suelen dirigirse contra aspectos formales como la inverosimilitud, el juego de efectos sobre la lógica del plan trazado, el énfasis del verso, la ausencia de análisis psicológico y la multiplicación de intrigas dramáticas.

Los críticos tampoco renuncian al cotejo con los nombres venerados del panteón francés, en especial con Corneille y Molière, cuya mayor hondura filosófica sanciona a su juicio la superioridad de las piezas francesas. Desde fines del XVIII se amoneda la justificación del estudio del teatro vecino por su innegable influencia en el teatro francés, ascendiente cuyo alcance se apresuran a acotar. El respeto a las enseñanzas del clasicismo francés y las reglas del arte se manifestará asimismo en la consideración que muestran hacia Moratín aunque los críticos de la colección buloziana no dejan de alabar la singularidad del teatro áureo frente a la actitud más rigurosa de otros historiadores y *feuilletonistes* franceses de la época. Este clasicismo nunca renegado no les impide apreciar las piezas del Siglo de Oro que no obstante, conciben como un teatro vital pero reflejo de otra época, obras de gabinete, y al tiempo, rechazan el romanticismo

byroniano y de los dramas y melodramas franceses por sus excesos formales y por su contenido. De este modo, coincidiendo con la actitud de numerosos críticos españoles, varios de los más influyentes discípulos de Lista, promueven la conciliación entre los modelos ilustres del pasado y las aportaciones modernas.

No obstante la rehabilitación consumada en el romanticismo de los grandes dramaturgos españoles, los críticos esporádicos de esta literatura en las publicaciones, generalmente procedentes de los ámbitos anglófonos, e incluso también algunos de los más allegados a la cultura española, mantienen la primacía de Shakespeare, vestigio persistente de la anglofilia de la Restauración que heredó el paulatino redescubrimiento desde fines del XVIII del dramaturgo inglés. Justifican esta preferencia por una comunidad de sentimientos, por la incertidumbre, desorientación y desasosiego vital (el *mal de vivre* romántico) del XIX y por la indagación en los problemas del individuo que, sin anular su trascendencia universal, proponen los dramas de Shakespeare. En cambio, el drama español oscila entre el riente idealismo, proyectado en combinaciones repetitivas, y la acusación de fanatismo y sombrías pasiones.

Una de las características que los críticos de la revista constatan en los autores españoles cuyos nombres importantes no pasan desapercibidos, es su búsqueda continua de una expresión particular y personal. Los críticos franceses animan estos esfuerzos y les aconsejan buscar sus propios modelos, su propia originalidad. La elección de estos temas literarios revela una de las preocupaciones de la revista: el conocimiento de los pueblos vecinos, sobre todo de sus caracteres nacionales, de sus costumbres políticas y sociales. La literatura en cuanto expresión de todos los aspectos de la nacionalidad, contribuye desde este punto de vista a dar una idea precisa, según estos críticos, de la situación moral de los pueblos. Aceptando las relaciones de la literatura con la sociedad que la produce, tal como Mme de Staël había afirmado, estos comentaristas conciben los relatos de costumbres, a fin de cuentas construcciones textuales con un fin ideológico tanto como estético, en cuanto documentos históricos inatacables. La elección más recurrente en cuanto a la presentación de España recae sobre Larra, paradigma del español y lúcida voz de denuncia. Su obra crítica, sus análisis políticos y sus artículos de costumbres en el sentido francés de *moeurs*, resortes morales que mueven a una sociedad a actuar, constituyen el principal punto de apoyo, de los críticos para el examen político y moral del carácter nacional español y la implantación del liberalismo. Sus comentaristas repiten sus reflexiones angustiadas,

desde su crítica de las Batuecas, la disección de sus preocupaciones y de su sociedad, hasta el flagelo de vicios sociales atávicos.

Un viejo lugar común aceptado por los colaboradores es el reconocimiento de la facilidad de los escritores españoles para el verso, la palabra elocuente y florida, la imaginación ardiente, fecunda y brillante, emparejada con una premura e indolencia que perjudican el trabajo concienzudo de lima y pulimiento de las obras. A esta impaciencia se añade la imprescindible influencia del clima en la tendencia a un lenguaje literario caracterizado por la floritura, el barroquismo o incluso el engolamiento en sus aspectos más negativos —el gongorismo tan denostado por los estilistas y preceptistas españoles que persiguen el ideal de la naturalidad—, que ven resurgir en la prosa y oratoria de sus prohombres. En ese sentido los críticos orientan su interpretación del *topos* del carácter español (“primitivement pompeux et fier”), que recubre también otros valores heterogéneos y añejos como el canto al individualismo energético, la galantería amorosa o el recelo xenófobo, además del júbilo festivo y espontáneo del pueblo llano. Los colaboradores titulares han viajado a España pertrechados con cartas de recomendación. Admitidos en tertulias privadas, espectadores de representaciones teatrales, oyentes de los cursos del Ateneo y de los discursos del congreso, observan las singularidades del público español en su vida cotidiana, bullicioso y alborotador en el teatro, las fiestas y los debates públicos. Las guerras civiles en la España del XIX contribuyen a la expansión de la imagen de crueldad, ya asignada durante la guerra de la Independencia por parte de algunos críticos y observadores más recalcitrantes: por ejemplo, la impasibilidad del sanguinario general Cabrera ante el fusilamiento de sus prisioneros mientras escucha admirado la canción de una muchacha, o la fiereza de la quema de pueblos e iglesias por ambos bandos cegados por el odio. No obstante, las reflexiones de los colaboradores y viajeros por España y sus consideraciones sobre el terreno reparan en la naturalidad, sobriedad y campechanía del pueblo llano, como los soldados rasos, cristinos y carlistas, durante el alto el fuego o en las tareas cotidianas del campamento. Esta conformidad del español con su suerte, considerado fatalismo oriental por otros y criticado en ocasiones por algunos colaboradores como apatía y resignación ante las decisiones de sus gobiernos, es otro de los aspectos en el que suelen insistir junto con un alto grado de orgullo nacional y una conciencia de igualdad moral entre las clases sociales. Ánimo templado y dignidad individual son rasgos exaltados por motivos ideológicos al radicarlos en un pasado heroico común forjado en la lucha

contra los musulmanes, y al oponerlos a las teorías socialistas, partidarias de la igualdad legal entre las diversas clases sociales y de un mayor reparto de la riqueza. Los críticos de los años 50 no aluden a los conflictos de clase ni a las luchas de los obreros dado el desigual desarrollo industrial, muy localizado, que no trasciende a una España mayoritariamente agrícola y de costumbres patriarcales, pero ponen en guardia contra la anarquía, el peligro de la exacerbación del individualismo y de la independencia.

Mientras a lo largo de los años 40 animan a los autores españoles a cultivar su nacionalidad, y en los 50 a conservarla, a fines de siglo, tras el desinterés e indiferencia de la segunda mitad de siglo a excepción de afloraciones de exotismo y “españolades”, colaboradores como Louis-Lande o Wyzewa los acusan de excesivo localismo. Con el desvío de estas dos revistas hacia otras culturas, frente a la curiosidad más viva de otras publicaciones como la *Revue Britannique* en su etapa finisecular, se observa un menor incremento de artículos sobre las transformaciones culturales españolas cuyos resultados no son referidos hasta ya entrado el XX de la pluma de los recién investidos hispanistas. En la imagen global que se desprende de la evolución intrínseca de la revista no hay grandes cambios radicales en la formulación de los redactores ocasionales, desde la visión ratificada en los estudios de principios de siglo de Schlegel, Bouterwek, Sismondi y el impulso nacionalista de Ticknor, pero sí una mayor comprensión y un talante respetuoso por parte de los redactores titulares como Lavergne, Mazade y notablemente Durrieu. La imagen que se impondrá en la difundida colección buloziana proyecta finalmente un país de contrastes polarizado entre las representaciones ancestrales de Castilla y Andalucía: caballeresco, católico y monárquico de acuerdo con la ideología conservadora de la revista y de gran parte de los manuales de literatura premiados por las academias, pero también bullente de vida y tumultuoso, en suma, la exaltación española del *Volkgeist*.

#### OBRAS CITADAS

Alvarez Rubio, M<sup>a</sup> Rosario. *La literatura española en la prensa cultural francesa del siglo XIX: la Revue des Deux Mondes y la Revue de Paris*. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo (en prensa).

- Broglie, Gabriel de. *Histoire politique de la Revue des Deux Mondes de 1829 à 1979*. Paris: Librairie Académique Perrin, 1979.
- Cirujano Martin, P. et alii. *Historiografía y nacionalismo español (1834-1868)*. Madrid: CSIC, 1985.
- Flitter, Derek. *Teoría y crítica del romanticismo español*. Trans. Fernández Salgado. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.
- Fox, Inman. *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*. Madrid: Cátedra, 1997.
- Gobert, J.-M. *L'itinéraire intellectuel et politique de la Revue des Deux Mondes (1848-1893)*. Paris: IEP, 1985.
- Juretschke, Hans. "Du rôle médiateur de la France dans la propagation des doctrines littéraires, des méthodes historiques et de l'image de l'Allemagne en Espagne au cours du XIXe siècle." V.V.A.A. *Romantisme, Réalisme, Naturalisme en Espagne et en Amérique Latine*. Lille: Centre d'Études Ibériques et Ibéro-Américaines du XIXe siècle, 1978. 9-34.
- Marco, Joaquín. "El costumbrismo español como reacción". Ed. A. González Troyano. *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y Homenaje a Gerald Brenan*. Málaga: Diputación, 1987. 127-139.
- Martínez Torrón, Diego. *Ideología y literatura en Alberto Lista*. Sevilla: Alfar, 1993.
- Reyero, Carlos. *Imagen histórica de España. 1850-1900*. Madrid: Espasa, 1987.
- Silver, Philip W. *Ruina y restitución: reinterpretación del romanticismo en España*. Madrid: Cátedra, 1996.
- Zdraveva, B. V. *Les origines de la "Revue des Deux Mondes" et les littératures européennes (1831-1842)*. Sophia: Imprimerie Hermann Pohle, 1930.